

EL DESARROLLO DE LA EXPRESIÓN ANALÍTICA EN EL LATÍN VULGAR. PLANTEAMIENTO GENERAL¹

I. PROPÓSITO

La más elemental comparación entre las gramáticas de las lenguas neolatinas y la latina que podemos tipificar como «clásica», en sentido más amplio que el cronológico, deja ver una sustancial diferencia tipológica en la expresión de las distintas categorías gramaticales de aquéllas y de ésta. La información gramatical que en latín se concentra y se sintetiza en la expresión morfológica de la palabra, en romance, por el contrario, se explicita y se analiza, en muchos casos, fuera de la palabra. La transición de un sistema tipológico al otro se halla anunciada y en gran parte realizada en el llamado «latín vulgar».

¹ Hemos de confesar que tuvimos la tentación de titular este trabajo con un rótulo al uso como «la tendencia analítica en el latín vulgar»; sin embargo, coincidimos con E. Coseriu (*Sincronía, diacronía e historia*, Madrid, 1973, páginas 222 ss.) en la prudencia con que deben emplearse ésta y otras expresiones teleológicas: «la teleología, entendida como tendencia de la lengua a una finalidad objetiva exterior, debe ser rechazada y debe distinguirse netamente de la finalidad auténtica» (*ibid.*, pág. 229). «Por ello, las afirmaciones teleológicas referidas a la historia particular de una lengua son meras comprobaciones; y, si pretenden ser explicaciones, o son tautológicas o carecen de sentido. Así, por ejemplo, la afirmación de que en el llamado latín vulgar se manifiesta 'la tendencia a las formas perifrásticas' es la simple comprobación de la mayor frecuencia de esas formas, con respecto al latín clásico» (*ibid.*, pág. 231). Este hablar de «tendencias» de las lenguas puede muy bien ser una consecuencia de la concepción sustantiva moderna de las mismas, a la que se refiere el propio Coseriu en varias ocasiones: «los antiguos concebían las lenguas de manera inmediata, como modalidades del hablar, es decir, mediante conceptos verbales o adverbiales (cf. *latine loqui, graece loqui*); el hombre moderno concibe las lenguas más bien sustantivamente (cf. *el español, das Deutsche, le français, l'italiano*)» (*El hombre y su lenguaje*, Madrid, 1977, págs. 57 y 17).

Sin entrar en la discusión de un concepto tan complejo como es el del «latín vulgar», quisiéramos, en cambio, pronunciarnos sobre la validez de las dos perspectivas metodológicas que, sobre esta materia, han separado, en general, a filólogos clásicos y a romanistas; los primeros han tendido a defender como único procedimiento fidedigno para acercarse al conocimiento del latín vulgar la documentación textual; mientras los segundos, ateniéndose al método comparatista, han partido de los datos románicos para establecer las formas vulgares originarias, documentadas o no. Sin duda, ambos procedimientos, que pueden verse representados, respectivamente, en sendas obras de H. Schuchardt y W. Meyer-Lübke², son complementarios; pues, si bien la comprobación del filólogo es imprescindible, la conjetura del comparatista puede arrojar mucha luz, dado el carácter limitado y fragmentario de los textos antiguos que se nos han transmitido. Precisamente, la distinción entre los procedimientos analítico y sintético en la expresión gramatical tiene una gran tradición en la lingüística románica.

Por otra parte, nuestro conocimiento del latín vulgar ha avanzado gracias a los buenos estudios que se han hecho sobre los textos que constituyen las fuentes de este estrato de la lengua latina; pensemos, por ejemplo, en el comentario de E. Löfstedt a la *Peregrinatio Aetherae* o en el estudio de V. Väänänen sobre el latín de las inscripciones de Pompeya. Luego, del conjunto de estos estudios monográficos se han extraído las particularidades gramaticales y léxicas que se recogen en los tratados generales de latín vulgar, como el del propio Väänänen³.

Ahora bien, un procedimiento poco usado, pero no dudamos que fecundo, es el de afrontar el estudio monográfico de hechos de lengua característicos del latín vulgar. Éste es nuestro propósito al tratar de examinar, ahora tan sólo en su planteamiento general, una característica morfosintáctica tan trascendental como

² H. Schuchardt, *Der Vokalismus des Vulgärlateins*, I-III, Leipzig, 1866-1868; W. Meyer-Lübke, *Grammaire des langues romanes*, I-IV, Paris, 1890-1906, cf. A. Tovar, «Interpretación y lingüística en el latín», *Euphrosyne* 5, 1972, pág. 409.

³ A este propósito, B. Löfstedt, «Spätes Vulgärlatein, ein abgegrastetes Feld?», *IF* 75, 1970, págs. 107-130, ha insistido en la necesidad de editar o reeditar textos todavía hoy poco conocidos para dar mayor fundamento filológico a una investigación lingüística apropiada.

el desarrollo de la expresión analítica⁴. Con ello esperamos contribuir a esclarecer la identidad, un tanto borrosa, de ese concepto complejo del latín vulgar. Decía Sapir que cada lengua tiene un corte especial, un plan básico en la organización de sus elementos expresivos, y que este plan básico es mucho más fundamental que cualquiera de sus rasgos individuales⁵; pues bien, la organización analítica de la expresión es una característica tipológica fundamental del latín vulgar.

II. LA TIPOLOGÍA ANALÍTICA

A. W. von Schlegel hizo una clasificación tipológica de las lenguas que, con precisiones posteriores, se ha hecho común bajo las denominaciones de lenguas aislantes, aglutinantes y flexivas e introdujo en estas últimas la subdivisión de lenguas analíticas y sintéticas⁶: «Les langues à inflexions se subdivisent en deux genres, qui j'appellerai les *langues synthétiques* et les *langues analytiques*. J'entends par langues analytiques celles qui sont astreintes à l'emploi de l'article devant les substantifs, des pronoms personnels devant les verbes, qui ont recours aux verbes auxiliaires dans la conjugaison, qui suppléent par des prépositions aux désinences des cas qui leur manquent, qui expriment les degrés de comparaison des adjectifs

⁴ La idea de abrir una nueva vía metodológica investigando hechos de lengua característicos del latín vulgar fue aconsejada ya por J. Marouzeau en la reseña que hizo de la obra de J. Svennung, *Untersuchungen zu Palladius und zur lateinischen Fach- und Volkssprache*, Upsala, 1935, en *REL* 14, 1936, pág. 429.

⁵ E. Sapir, *El lenguaje*, México, 1954, pág. 141.

⁶ Como ha demostrado E. Coseriu («Adam Smith y los comienzos de la tipología lingüística», en *Tradicción y novedad en la ciencia del lenguaje*, Madrid, 1977, págs. 117-130), A. W. von Schlegel realizó una síntesis de la clasificación tipológica de su hermano Friedrich y de las ideas de A. Smith: «la teoría de A. W. Schlegel, en lo que se refiere a la distinción entre lenguas sintéticas y analíticas, es, pues, en el fondo, la de Smith. Como en Smith, también en Schlegel esta teoría presenta un aspecto estructural, un aspecto evolutivo general y un aspecto histórico. Pero en Schlegel la distinción fundamental aparece ampliada y mejor razonada y, por otra parte, se la aplica a una sola 'clase' de lenguas» (las flexivas), pág. 128; cf. del mismo autor «Sobre la tipología lingüística de Wilhelm von Humboldt», *ibid.*, págs. 154 s.

par des adverbes, et ainsi du reste. Les langues synthétiques sont celles qui se passent de tous ces moyens de circonlocution»⁷. El gran lingüista alemán veía representado el tipo sintético en las lenguas clásicas: el sánscrito, el griego y el latín; el analítico en las románicas y en las germánicas un estado intermedio en la evolución de un tipo a otro⁸; lo que no deja de ser una simplificación excesiva de la realidad histórica.

En principio, podría pensarse sencillamente que en las lenguas analíticas las funciones sintácticas se expresan mediante elementos léxicos, desligados, y en las sintéticas mediante morfemas gramaticales ligados; pero, en realidad, los conceptos de análisis y síntesis son relativos: una expresión puede ser más analítica que otra y menos que una tercera, y a la inversa; por tanto, la clasificación de las lenguas en orden a estos patrones es también relativa. Tauli, basándose en la definición de Bally, según la cual «une forme est d'autant plus analytique qu'elle satisfait aux exigences de la linéarité et de la monosémie»⁹, establece once puntos que le sirven de criterios para determinar el grado de análisis o síntesis de una expresión; entre éstos cabe destacar los conceptos de linealidad y separabilidad como asociados al análisis, frente a los de aglutinación e indivisibilidad, concomitantes del procedimiento sintético¹⁰.

Históricamente, no se encuentran tipos lingüísticos puros ni las lenguas se anclan para siempre a un tipo fijo: Saussure formuló el principio de que «ninguna familia de lenguas pertenece por derecho y para siempre a un tipo lingüístico»¹¹; así, mientras el latín conservaba en el nivel literario la hechura sintética, por ejemplo, en

⁷ A. W. von Schlegel, *Observations sur la langue et la littérature provençales*, París, 1818, pág. 16.

⁸ Cf. K. M. Horne, *Language typology*, Georgetown University Press, 1966, pág. 13.

⁹ Ch. Bally, *Linguistique générale et linguistique française*, París, 1932, página 112.

¹⁰ V. Tauli, «Morphological analysis and synthesis», *AL* 5, 1945-49, págs. 80-85. Sobre el carácter relativo de la distinción entre lenguas analíticas y sintéticas cf. L. Bloomfield, *Lenguaje*, Lima, 1964, pág. 248. De las lenguas neolatinas el mayor grado de análisis lo presenta el francés, cf. H. Contreras, «Una clasificación morfo-sintáctica de las lenguas románicas», *RomPh* 16, 1962-63, pág. 264.

¹¹ F. de Saussure, *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, 1967, pág. 361.

la formación del comparativo orgánico, sufijado (*altior*), en el estrato vulgar evolucionaba en dirección analítica (*magis / plus altus*) y daba lugar a la transición del tipo gramatical al «lexicológico».

El proceso es muchas veces cíclico; el futuro clásico *dabo* procede, probablemente, por aglutinación de unidades léxicas distintas, pues en su segundo elemento silábico se reconoce la raíz **bhw-* que se halla en *fui*; luego fue sustituido por la perífrasis *dare habeo*; y éste (*dare habes*) se registra ya fusionado en *daras* que, puesto en boca del emperador Justiniano (s. VI), nos transmite Fredegario de forma anecdótica; y tras la aglutinación de este futuro (*daré*) surgieron, en concurrencia con él, nuevas perífrasis ingresivas (*voy a dar*)¹². Se observa que en la lengua determinadas palabras se convierten en útiles gramaticales, mediante la especialización funcional de las mismas; y, a la vez que se gramaticalizan, esas palabras en contacto sintagmático a menudo acaban aglutinándose, particularmente si se hallan en posición enclítica (*dare-habeo, lenta-mente*); y después, cuando la expresión gramatical resulta inestable e insuficiente, se recurre de nuevo a la expresión léxica que seguirá a su vez un proceso de gramaticalización. Evidentemente, la gramaticalización de la expresión analítica es progresiva; menor mientras la correspondiente sintética sigue vigente y mayor cuando viene a suplirla. La gramática se renueva, pues, constantemente por el léxico.

A simple vista, la expresión analítica y la sintética podrían representar, además de dos tipos morfosintácticos, dos momentos evolutivos que completarían un proceso cíclico; pero ambos tipos aparecen no pocas veces superpuestos; tan sólo en cada período histórico prevalece el uno sobre el otro; y así al predominio de la expresión analítica sucede la aglutinación de los sintagmas y el predominio del sintético cede, de nuevo, con la reposición de nuevas formas analíticas.

Este proceso lo ha descrito Coseriu como «un desplazamiento gradual de la norma»¹³; el comparativo analítico formulado con *magis* constituía una variante gramatical que terminó imponiéndose

¹² J. R. Reid, «The expression of the future time: from Indo-European to Romance», *HSPh* 55, 1944, págs. 111 ss.; B. García-Hernández, «El aspecto ingresivo y la expresión del futuro», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1978, págs. 541-546.

¹³ E. Coseriu, *Sincronía...*, 1973, págs. 129 s.

al uso antes normal del comparativo sintético. El desplazamiento de la norma llega a producir una mutación del sistema; y esta transistematización tiene una orientación concreta determinada por el tipo lingüístico, esto es, por los principios funcionales generales del sistema¹⁴. Así pues, los tres planos, norma, sistema y tipo, se dan en relación imbricada, de suerte que la diacronía (cambio) de la norma se produce dentro de la sincronía (funcionamiento) del sistema y la diacronía del sistema dentro de la sincronía del tipo¹⁵.

III. CAUSAS Y FINALIDAD DE LA RENOVACIÓN ANALÍTICA DE LA LENGUA

Al indagar las causas que han motivado el desarrollo de la expresión analítica o la finalidad que éste ha seguido no debe pretenderse el determinar una especial excluyendo la concurrencia de otras, como si se tratara de buscar el autor solitario de un delito y decidir sobre su responsabilidad. La complejidad del fenómeno que nos ocupa hace inviable tal presunción; hay que pensar, pues, en la acción conjunta de varios factores; la dificultad del investigador reside en calibrar la importancia específica de cada uno; el restar fuerza operativa a un factor en favor de otro ha dependido, por lo común, del enfoque que se ha dado al problema.

Una firme explicación de la pérdida de las formas sintéticas reside en los factores morfológicos: el desarrollo de la expresión analítica arranca, en buena medida, del estado de confusión morfológica al que ha venido a parar la sintética y del que el hablante necesita salir para aclararse, hacerse entender y entender a su vez. La pérdida del valor distintivo de la cantidad vocálica, así como la débil articulación y posterior eliminación de la *-m* trajeron consigo la confusión de varios casos, como el nominativo *terra*, el

¹⁴ E. Coseriu, *El hombre...*, 1977, págs. 52 y 195; *Gramática, Semántica, Universales*, Madrid, 1978, pág. 221.

¹⁵ «De este modo se supera y se anula la pretendida antinomia entre sincronía y diacronía, puesto que el funcionar y el cambio no son en la lengua dos momentos, sino uno solo», E. Coseriu, *Estudios de Lingüística Románica*, Madrid, 1977, pág. 232.

ablativo *terrā* y el acusativo *terrām* en la primera declinación; en las otras se produjeron similares nivelaciones casuales; y esta relación articuladora de las desinencias vino a agravar la homonimia morfemática ya de por sí sobrecargada¹⁶. Como respuesta se produjo un despliegue mayor de las preposiciones que pasaron de señalar los matices concretos dentro de los casos a asumir las funciones típicas de éstos; por otra parte, a esta propagación del uso preposicional contribuyeron no poco las numerosas palabras indeclinables, sobre todo nombres propios, que recibió la lengua latina en la época tardía. También se ha explicado la desaparición de la pasiva sintética como el efecto natural de la confusión fonética entre *amarē* y *amarī*, *uiderē* y *uiderī*, *audirē* y *audirī*¹⁷, pues las diferencias de cantidad, fuera de la sílaba tónica en la que se transformaron en cualitativas, eran escasamente operativas¹⁸; y a ésta debe unirse la confusión morfológica que originaba el vacilante sistema de los verbos deponentes a cuya forma pasiva no correspondía un significado parejo.

Se sabe, por otra parte, que el futuro sintético latino era inestable por falta de unidad en su caracterización morfológica, pues disponía de una formación de origen analítico para la primera y segunda conjugaciones (*amabo*, *-is*; *monebo*, *-is*), extendida por analogía en la lengua popular a la cuarta (*audibo*, *-is*), y de otras sintéticas para la tercera y cuarta, tomadas en préstamo al subjuntivo latino (*legam*, *audiam*) e indoeuropeo (*leges*, *audies*); la homonimia total de éstas en la primera persona con el presente de subjuntivo resultaría fatal; a ella vendrían a sumarse las homonimias secundarias motivadas fonológicamente: la neutralización de /b/ y /v/ en latín vulgar y tardío provocó la confusión de *amabit* con *amauit* y la nivelación de *i* y *e* en sílaba final no permitía diferenciar *leget* de *legit*. Hubo que recurrir entonces a la expresión analítica de perífrasis¹⁹ que poseían un valor concreto aspectual ingresivo y

¹⁶ X. Mignot, «Homonymies entre les désinences casuelles du latin», *Langages* 12 (No. 50), 1978, págs. 45-50.

¹⁷ H. F. Muller, *A chronology of vulgar Latin*, Halle, 1929, págs. 75 ss.

¹⁸ J. Herman, «Statistique et diachronie: essai sur l'évolution du vocalisme dans la latinité tardive», *Word* 24, 1968, 242-251.

¹⁹ La explicación del recurso a la perífrasis para salvar la confusión entre diversas formas verbales se halla expuesta ya con toda claridad en F. Diez, *Grammaire des langues romanes*, París, 1874³, vol. II, pág. 107.

modal con matiz de obligación o volitivo (*habeo, debeo, uolo* + infinitivo).

La reducción de las formas gramaticales no era un fenómeno nuevo en latín; la simplificación del sistema flexivo indoeuropeo fue progresiva y se manifestaba sobre todo en la lengua vulgar²⁰; sólo cuando la confusión morfológica llegó a un punto de saturación en la baja latinidad, se hizo inevitable la generalización de la expresión analítica; la ruina de la flexión obligó a un mayor despliegue de formas por exigencias de claridad; la gramaticalización de la expresión analítica acompañó y luego sucedió a un estado de confusión morfológica. Sin embargo, las alteraciones fonéticas desequilibradoras del sistema morfológico, pese a estar en la raíz del fenómeno, no alcanzan a explicar éste en su conjunto.

Bréal, que formuló unas leyes semánticas al modo de las fonéticas, al preguntarse cómo se ha operado la evolución de las lenguas sintéticas a las analíticas, no dudó en explicar este fenómeno por la ley de la especialización: «...si certaines modifications de la pensée, exprimées d'abord par tous les mots, sont peu à peu réservées pour un petit nombre de mots, ou même pour un seul mot, qui assume la fonction pour lui seul, nous disons que la spécialité est la loi qui a présidé à ces changements»²¹. Pero ciertamente la especialización de una palabra en una función gramatical no es la causa que mueve el proceso analítico, sino uno de sus resultados o, todo lo más, una fase en su evolución. La especialización gramatical de un término nuevo suele obedecer al resquebrajamiento del viejo sistema, desestabilizado tanto por los factores fonológicos y morfológicos, antes señalados, como por otros de índole sintáctica y semántica. Wartburg atribuye el abandono del superlativo sintético *fortissimus* por el analítico *ualde* (*multum*) *fortis* al doble valor, absoluto y relativo, de aquél²², si bien el escollo de la ambigüedad significativa se salvaba en el plano sintáctico; lo cierto es que la anterior expresión analítica se especializó en la indicación del valor absoluto, mientras que para el relativo se buscó otra expresión. En consecuencia, la forma analítica (*muy fuerte*) no

²⁰ A. Meillet, *Historia de la lengua latina*, Reus, 1973, págs. 164 ss.

²¹ M. Bréal, *Essai de sémantique*, París, 1924 (1897), pág. 10.

²² W. von Wartburg, *Evolución y estructura de la lengua francesa*, Madrid, 1966, pág. 41.

sólo se presenta como sustitución de la sintética (*fortissimus*), sino que con ella se logra la diferenciación funcional (*muy fuerte / el más fuerte*) que no existía antes en el plano paradigmático. Similar diferenciación funcional, aunque sin sustitución total del término sintético, puede observarse en la introducción de *factum habeo* que representa la acción perfectiva presente frente a la acción delimitada en el pasado de *feci*; la perífrasis trae, pues, consigo también una finalidad sintáctico-semántica.

Para Bally²³, en cambio, en la evolución pendular de las formas analíticas y sintéticas hay un factor estilístico de expresividad; según este autor, las formas sintéticas, que tienen un carácter puramente intelectual, ceden el paso a las analíticas, que aportan un valor afectivo concreto (el de obligación y necesidad en *habeo* con infinitivo)²⁴. Sin embargo, este factor estilístico es más bien concomitante que desencadenante del proceso; y, si bien es real en la perspectiva sincrónica, resulta cambiante en la diacrónica; esto es, las perífrasis tienen un valor expresivo en el período de adaptación y lo pierden a medida que se gramaticalizan.

Por otra parte, más que de correspondencia entre análisis y síntesis y carácter afectivo e intelectual, respectivamente, cabe hablar de congruencia entre expresión analítica y significado concreto, entre expresión sintética y significado abstracto; esto puede observarse en el caso de las perífrasis de aspecto ingresivo que se han gramaticalizado como expresiones del tiempo futuro; el aspecto es siempre una categoría verbal más concreta que la del tiempo²⁵; igualmente la preferencia por el uso preposicional en la lengua popular indica ese gusto por la expresión concreta: «frente a los morfemas casuales, que expresan conceptos puros de relación, sin

²³ Ch. Bally, *El lenguaje y la vida*, Buenos Aires, 1972⁶, págs. 63-65.

²⁴ Antes que Bally, habló claramente del valor expresivo de las perífrasis A. Meillet: «Quand on veut s'exprimer avec force, on donne à chaque notion une expression séparée; on ne dit pas 'je ferai', mais 'j'ai la volonté de faire'... Et si je veux faire, je dois faire, je vais faire n'expriment plus nettement la volonté, la nécessité, la proximité, c'est que du fait du groupement ordinaire, les mots *veux, dois, vais* ont perdu leur sens propre, leur valeur expressive, et qu'ils sont devenus de simples auxiliaires en attendant qu'ils fassent corps avec l'infinitif suivant» («L'évolution des formes grammaticales» (1912), *Linguistique historique et linguistique générale*, I, París, 1948, pág. 147).

²⁵ B. García-Hernández, «El sistema del aspecto verbal en latín y en español», *Studia Philologica Salmanticensia* 1, 1977, págs. 106 ss.

apoyo en nociones concretas, las preposiciones latinas expresan conceptos concretos de relación: apuntan directamente al mundo externo de los sentidos, a los datos de la experiencia espacial»²⁶. A este propósito hay que decir que la expresión concreta es una característica innata en la lengua latina que analiza, por ejemplo, el concepto de 'revolución' en *res nouae*, el de 'prosperidad en *res secundae* y el de 'deuda' en *aes alienum*, etc.²⁷.

Otros lingüistas han acudido, más allá de los argumentos lingüísticos, a los histórico-culturales y han visto en la renovación analítica de la expresión la consecuencia natural del cambio de mentalidad producido en el Bajo Imperio; tal hipótesis, formulada por Vossler con referencia al futuro, se encontraba ya insinuada de algún modo en Meyer-Lübke²⁸; y, posteriormente, vuelve a ser tenida en cuenta, entre otros, por Wartburg²⁹. Vossler, tras señalar los condicionamientos de orden morfológico y fonético que condujeron a la inestabilidad y confusión de las formas del futuro, que hubieran podido salvarse, no obstante, mediante un proceso de uniformación analógica, afirma de modo tajante: «lo mismo que el profeta en su propio país, el concepto de tiempo futuro, de ordinario, no goza de gran consideración en el lenguaje del pueblo, aquí se le maltrata y se le descuida. El hombre del vulgo adopta frente a las cosas futuras más bien una actitud volitiva, desiderativa, de esperanza y temor, y no una actitud puramente contemplativa y menos aún una actitud dictada por el conocimiento y el saber»³⁰. Esta tesis de la escuela idealista ha sido el blanco continuo de la crítica positivista que se ha fijado con mayor detalle en los factores fonético y morfológico.

En su estudio «Sobre el futuro romance»³¹, E. Coseriu señala también un hecho histórico de influencia decisiva en la transforma-

²⁶ L. Rubio, *Introducción a la sintaxis estructural del latín*, vol. I: *Casos y preposiciones*, Barcelona, 1966, pág. 169; cf. también G. A. Beckmann, *Die Nachfolgekonstruktionen des instrumentalen Ablativs im Spätlatein und im Französischen*, Tübinga, 1963, pág. 193.

²⁷ J. Marouzeau, *Traité de stylistique latine*, París, 1970⁵, pág. 144.

²⁸ W. Meyer-Lübke, *Introducción a la lingüística románica*, Madrid, 1914, pág. 217.

²⁹ W. von Wartburg, *Evolución...*, 1966, pág. 40.

³⁰ K. Vossler, «Nuevas formas de pensamiento en el latín vulgar» (1922), *Espíritu y cultura del lenguaje*, Madrid, 1959, pág. 90; y *Einführung ins Vulgarlatein*, Munich, 1955, págs. 115 ss.

³¹ E. Coseriu, *Estudios...*, 1977, págs. 15-39 (*RBF* 3, 1957, págs. 1-18). También E. Pulgram, «Synthetic and Analytic Morphological Constructs», *Festschrift*

ción del futuro latino; pero antes somete a revisión la explicación morfológica y la semántico-estilística, por las que se atribuye la sustitución de las formas del futuro, respectivamente, a una «necesidad distintiva» y a una «necesidad expresiva»; en su opinión, ambas explicaciones vienen a ser complementarias en tanto que la primera trata de dar cuenta de la eliminación de las formas del futuro sintético y la segunda de aclarar la adecuación del contenido de las perífrasis modales y aspectivas a la expresión de la categoría del futuro; y ambas son insuficientes: «ciertamente las deficiencias materiales del futuro clásico exigían, en esa misma época, su reelaboración; y la tendencia general a la expresión «analítica» favorecía su sustitución por formas perifrásticas. Pero esas circunstancias no bastan para explicar el valor del futuro latino-vulgar y su coincidencia con otros futuros «modales», que no puede ser mera coincidencia» (*ibid.*, pág. 34). Su conclusión es que la renovación periódica de la expresión del futuro es un hecho universal que debe explicarse, sin embargo, en cada caso históricamente; por lo que respecta al latino, señala como factor histórico determinante el movimiento espiritual del cristianismo que trajo consigo nuevas necesidades expresivas; ya es indicativa de por sí la frecuencia con que los escritores cristianos emplean el nuevo futuro.

Posteriormente, Coseriu ha insistido en un factor interlingüístico que va inseparablemente unido al histórico anterior, cual es la poderosa influencia del griego sobre el latín vulgar, particularmente a través de las traducciones bíblicas y de los autores cristianos; así reconoce el sello de la lengua griega, entre otras construcciones, en varias perífrasis verbales y en la completiva con conjunción del tipo *scio quod, quia*, en vez de infinitivo³². También

A. Kuhn, Innsbruck, 1963, págs. 35-42, ha tratado de llamar la atención, frente al punto de vista teleológico de buena parte de la lingüística moderna que prefiere explicar el fenómeno del cambio por causas lingüísticas internas, sobre la participación del agente humano: «I shall now suggest an explanation that animadverts to both the involvement of the willful human agent and the nature of language as human social behavior» (págs. 39 s.).

³² E. Coseriu, «El problema de la influencia griega sobre el latín vulgar», en *Estudios...*, 1977, págs. 264-280. Este artículo publicado en el homenaje a Harri Meyer (Munich, 1972) sirvió también de introducción a un breve volumen, editado por G. Narr, con el título *Griechisch und Romanisch* (Tubinga, 1971), que reúne otros seis trabajos muy anteriores, de diferentes autores y valor desigual, sobre la misma cuestión. Coseriu se ha manifestado en favor

G. Bonfante, siguiendo las indicaciones concretas de M. Bartoli, ha señalado, con gran amplitud de criterio, la importancia de la penetración de la lengua griega en la latina³³.

Sin embargo, R. Coleman, en un extenso trabajo en el que hace el catálogo de las posibles construcciones latinas debidas a la sintaxis griega³⁴, descarta algunas de las recogidas por Bonfante como *plus bellus* (it. *più bello*) sobre el modelo de *πλέον καλός* (gr. mod. *πὸ καλός*), *habeo scriptum* sobre *ἔχω γεγραμμένον* y *habeo dicere* o *dicere habeo* sobre *ἔχω λέγειν*. El desplazamiento de *magis* por *plus* se habría realizado a través de *minus* que se opone a la vez a ambos; por otra parte, *plus* en esta función se atestigua ya desde la lengua arcaica y el desvío de *magis* hacia la función adversativa (fr. *mais*, it. *ma*, etc.) habría favorecido la elección de *plus*. También explica Colemann *habeo scriptum* sin acudir al modelo griego, que presenta dificultades cronológicas respecto de la perífrasis latina; ésta se atestigua ya en la lengua arcaica y clásica decantándose del valor posesivo al perfectivo y era requerida para asumir una de las dos funciones, la perfectiva y la «aorística», que tenía el perfecto *scripsi*, en paralelo con el desdoblamiento producido en la pasiva entre *scriptus est* y *scriptus fuit*. Asimismo *dicere habeo* ha recibido explicación dentro del sistema gramatical latino en un artículo anterior que, inevitablemente, parte del sólido trabajo de Thielmann³⁵; en efecto, *habeo* con infinitivo tiende a constituir en Tertuliano un sistema perifrástico pasivo suplementario proporcionando en esta voz un participio futuro (*dici habens*) y un futuro de pasado (*dici habebam*); su uso se extendió pronto a la activa, en la que competía, respectivamente, con *dicturus* y *dicturus eram*, y por vía analógica de *dicturus sum* se introdujo con valor futuro *dicere habeo*.

de esta influencia en otros estudios, de los que no es el menos importante «El aspecto verbal perifrástico en griego antiguo», *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1968, págs. 93-116; y asimismo discípulos suyos: B. Schlieben-Lange, *Okzitanische und katalanische Verbprobleme*, Tübinga, 1971, y W. Dietrich, *Der periphrastische Verbalaspekt in den romanischen Sprachen*, Tübinga, 1973.

³³ G. Bonfante, «Les rapports linguistiques entre la Grèce et l'Italie», *Homages à L. Hermann*, Bruselas, 1960, págs. 171-182.

³⁴ R. Coleman, «Greek influence on Latin syntax», *TPhS* 1975, págs. 101-182, particularmente págs. 112 ss.

³⁵ R. Coleman, «The origin and development of Latin *habeo* + infinitive», *CQ* 21, 1971, págs. 215-232; Ph. Thielmann, «*Habere* mit den Infinitiv und die Entstehung des romanischen Futurums», *ALL* 2, 1865, págs. 164 ss.

La construcción completiva con conjunción en vez de infinitivo con los verbos declarativos (*dico quod, quia, quoniam, quomodo*), de percepción sensitiva (*uideo quod...*) e intelectual (*scio quod...*), que coincide con la griega λέγω ὅτι, διότι, ὡς, ὅπως se ha explicado también como un desarrollo analógico interno de la lengua latina atestiguado desde la época arcaica y en textos de carácter popular: *scio quod* aparece en un verso discutido de Plauto (*Asin.* 52), *renuntiauerunt quod* en el *Bellum Hispaniense* (36, 1), *scis quod* y *uideo quod* en Petronio (71, 9 y 131, 7), etc.³⁶; o como el resultado de un proceso de cristalización gramatical del *quod* explicativo, similar al que experimentó la perífrasis de *habeo* con participio hasta transformarse en perfecto³⁷. Con mayor facilidad se ha admitido el grecismo en el empleo de *quia* y *quoniam*, pero también se ha explicado éste por atracción sinonímica de *quod*. Todas éstas no son sino explicaciones de un proceso analítico que probablemente se ha desencadenado, como se verá más adelante, por la ambigüedad sintáctica del sujeto en acusativo del infinitivo.

Coseriu, que ha sabido apreciar justamente la importancia de la influencia griega en la constitución del sistema perifrástico secundario de la «visión global» (λαβὼν γράφω: 'cojo y escribo') y «parcializadora» (γράφων εἶμι: 'estoy escribiendo')³⁸, desestima el recurso a los testimonios arcaicos, cuando se dan como pruebas de desarrollos internos que luego se manifestarán en la época tardía; es más, reduce cronológicamente el concepto de latín vulgar a esta última³⁹. Pero para los latinistas resulta irrenunciable el no ver en muchos fenómenos, no sólo sintácticos sino incluso fonéticos, morfológicos y léxicos, del latín tardío la continuidad evolutiva de procesos anticipados en la lengua arcaica e iniciados a veces desde el latín preliterario; algunos de los cuales se incorporarían incluso a

³⁶ E. Löfstedt, *Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae*, Upsala, 1911, págs. 118 s.; J. B. Hofmann y A. Szantyr, *Lateinische Grammatik*, II. *Syntax und Stilistik*, Munich, 1972, pág. 576.

³⁷ N. Scivoletto, «*Dico quod, dico quia*», *GIF* 15, 1962, págs. 1-34; en este estudio traza el autor la historia de la cuestión desde el trabajo monográfico de G. Mayen (*De particulis quod, quia, quoniam, quomodo, ut pro accusativo cum infinitivo positis*, Kiel, 1889) hasta el momento; para la historia anterior a nuestro siglo desde L. Valla cf. T. Dokkum, *De constructionis analyticae uice accusativi cum infinitivo fungentis usu apud Augustinum*, Diss. Snecae, 1900.

³⁸ Id., *Estudios...*, 1977, págs. 79-151 y 231-263.

³⁹ *Ibid.*, pág. 268.

la lengua literaria⁴⁰ y otros adquirirían relieve tan sólo con la eclosión de la lengua vulgar en la época tardía.

Contra los que creen que las coincidencias gramaticales del latín tardío con el griego constituyen «desarrollos paralelos e independientes» arguye Coseriu, con indudable profundidad, que tal opinión supone confundir la posibilidad de desarrollo que ofrece la lengua latina con la realidad del desarrollo debido a la influencia griega. Ahora bien, sin merma de la penetración del griego en el latín popular, sí quisiéramos insistir aquí tanto en la fuerza innovadora del sistema sintáctico latino como en la antigüedad del proceso analítico.

Es evidente que un sistema no es tan sólo una plataforma estática o mera posibilidad receptiva; al contrario, posee una capacidad creadora para atender sus propias demandas. Vamos a verlo en el caso del perfecto y del futuro perifrásticos y del artículo. Como se ha indicado antes, la gramaticalización de la perífrasis *scriptum habet* puede responder muy bien a la necesidad de diferenciar las dos funciones aspectuales que asumía el perfecto *scripsit*, la «perfectiva» por la que se oponía a *scribit* y la «delimitativa» por la que se oponía a *scribebat*⁴¹, en correspondencia con la diferenciación expresiva de las dos funciones en la voz pasiva entre *scriptus est* («perfectivo») y *scriptus fuit* («delimitativo»):

quei in colonei numero *scriptus est fuitue* (*lex agr.* 585, 68)⁴².

Esto es, *scriptum habet* viene a rellenar un hueco por exigencias internas del sistema, según el principio de la sistematicidad, creador de oposiciones proporcionales:

$$\frac{\text{scriptus est}}{\text{scriptus fuit}} = \frac{x}{\text{scripsit}}, \quad x = \text{scriptum habet,}$$

principio que ha formulado precisamente Coseriu así: «en un sistema lingüístico, las mismas diferencias se presentan comúnmente,

⁴⁰ A. Pariente, «La significación del latín vulgar en el conjunto de la fonética latina», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1978, págs. 43 ss. y 79 ss.

⁴¹ B. García-Hernández, «El sistema...», 1977, págs. 77 s. y 89 ss.

⁴² H. K. Siegert, *Die Syntax der Tempora und Modi der ältesten lateinischen Inschriften*, Würzburg, I. Diss., 1939, págs. 15 s.

o a menudo, de manera 'sistemática'... originando con ello varias oposiciones homólogas»⁴³. La lengua latina ha cubierto, pues, la «casilla vacía» de la «perfectividad» en la voz activa con la construcción más afín de que disponía, aquella que expresaba la posesión (*habet*) de un estado perfecto (*scriptum*); nada más natural.

En opinión de Coleman⁴⁴, el valor postclásico «futuridad» de *habeo* con infinitivo se desarrolló del clásico de «obligación-necesidad»; y este paso se ilustra con el gót. *skulan*, al. *sollen*, el ingl. *shall* y el logud. *depo kantare*. En efecto, creemos que esta relación semasiológica está suficientemente comprobada; todavía hoy las perífrasis románicas de «obligación» formadas con el mismo verbo *habeo* seguido de preposición (esp. *he de cantar*, fr. *j'ai à chanter*, it. *ho da cantare*, etc.) derivan hacia el valor de futuro. En cambio, según A. S. Gratwick⁴⁵, la noción de futuridad emana del componente volitivo que adquirió *habeo* accidentalmente; a saber, en la época de Cicerón este verbo con infinitivo tenía una distribución complementaria con *auéo*: el primero determinaba los verbos de la clase «informar» (*dicere habeo*) y el segundo los de la clase «recibir información» (*audire auéo*); a partir del siglo I se produce en la lengua vulgar la convergencia homonímica de los dos en /aβeo/; *auéo*, que había sido familiar a Cicerón, desaparece y su valor volitivo lo asume *habeo* que pasó a cubrir, además de las nociones modales de «poder» y «deber», la de «desear»; a este momento se remontaría el origen de su valor de «futuridad», por lo que no debiera de extrañar la proliferación posterior de sus funciones en Tertuliano. También esta relación de las nociones «volición»-«futuridad» puede ilustrarse, comparativamente, con varios ejemplos como los del inglés (*he will sing*), rumano (*voiu cînta*), griego moderno, etc.

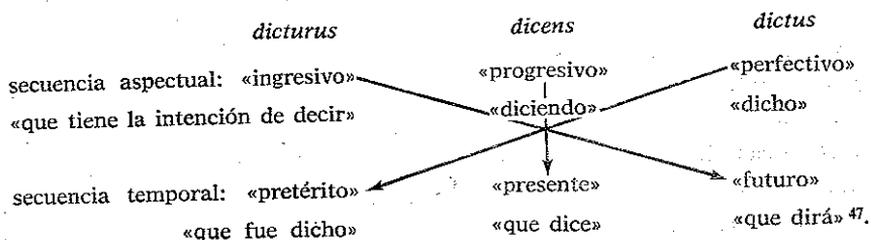
Por nuestra parte, creemos que es inútil hacer una clasificación rígida de los valores de *habeo*, pues el predominio contextual de uno no excluye en absoluto los otros; tanto la noción de «obligación-necesidad» como la de «volición» o la de «predestinación» que pre-

⁴³ E. Coseriu, *Gramática...*, 1978, pág. 277.

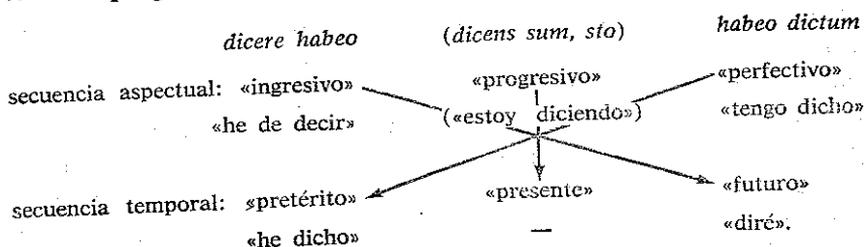
⁴⁴ R. Coleman, «The origin...», 1971, págs. 218 ss.

⁴⁵ A. S. Gratwick, «*Habeo* und *auéo*. The Romance future», *CQ* 22, 1972, págs. 388-398.

fería Benveniste⁴⁶ pueden dar lugar a la de «futuridad», pues todas ellas son de carácter aspectual «ingresivo» y las expresiones ingresivas derivan fácilmente hacia el valor temporal futuro, lo mismo que las progresivas hacia el presente y las perfectivas hacia el pretérito, tal como se observa, por ejemplo, en el sistema participial latino, cuyo valor fue claramente aspectual, antes que temporal:



Pues bien, la gramaticalización de la perífrasis ingresiva *dicere habeo* no puede separarse del mismo proceso que siguió la perfectiva *habeo dictum* en el otro extremo de la secuencia aspectual; entre éstos, el término progresivo (*dicens sum, sto*) tendría un desarrollo posterior:



Sin duda, el desarrollo del nuevo sistema de perfecto favoreció la formación del futuro perifrástico, la mayor parte de las veces con el mismo auxiliar; sin embargo, la diferencia inicial entre *cantabo* y *cantare habeo*, mientras subsistió el primero, nunca fue equiparable a la establecida entre *cantavi* y *habeo cantatum*, como pretendía A. Burger⁴⁸, pues la adaptación de *cantare habeo* condujo a la

⁴⁶ E. Benveniste, «Mutations of linguistic Categories», *Directions for historical Linguistics: a Symposium*, eds. W. P. Lehmann y Y. Malkiel, Austin, 1968, págs. 83-94.

⁴⁷ Para mayor detalle cf. B. García-Hernández, «El aspecto ingresivo...», 1978, págs. 541-546.

⁴⁸ A. Burger, «Sur le passage du système des temps et des aspects de l'indicatif, du latin au roman commun», *CFS* 8, 1949, pág. 34.

sustitución plena de *cantabo*; en cambio, *habeo cantatum* reemplazó sólo parcialmente a *cantavi*, expresando una diferencia de funciones; y menor incidencia tendría todavía la construcción progresiva destinada a formar parte tan sólo de un sistema perifrástico marginal⁴⁹. La adaptación total del futuro perifrástico se debió a la fragilidad del sintético y su pronta aglutinación la facilitaría la posición enclítica del auxiliar⁵⁰; la fijación de este orden auténticamente latino (*dicere habeo* frente a $\xi\chi\omega \lambda\acute{\epsilon}\gamma\epsilon\iota\nu$) responde a su uso extensivo en frases subordinadas, particularmente de relativo⁵¹.

Nada más fácil que pensar que la categoría del artículo surgió en forma de articuloide en la lengua latina por un sencillo trasplante del griego; sin embargo, éste no se configura como tal en el momento culminante de la influencia griega, cual es el del bilingüismo tardo-cristiano; y, por otra parte, resultados como los obtenidos por F. Abel⁵² en su estudio de los textos de la *Vetus Latina* inducen a ser prudentes antes de considerar el artículo definido de las lenguas románicas un helenismo: de 10.000 usos del artículo griego sólo 306 son recogidos por los demostrativos latinos, naturalmente con su valor debilitado, con lo que apenas se rebasa el 3 %. Además, pensamos que en muchos de estos casos el grecismo es más aparente que real, por ejemplo, cuando el demostrativo se utiliza con palabras indeclinables, sean numerales (*illis duodecim*), sean nombres propios (*ipsius David*)⁵³; aquí más que de un calco mecánico del artículo griego ($\tau\omicron\iota\varsigma$ y $\tau\omicron\upsilon$) hay que ver la respuesta analítica de la lengua latina al enfrentarse con palabras sin expresión morfológica; esta respuesta es similar al uso de la preposición con el mismo tipo de palabras y no por eso se piensa que haya en ello

⁴⁹ W. Dietrich, «Der periphrastische Verbalaspekt im Griechischen und Lateinischen», *Glotta* 51, 1973, págs. 188 ss.

⁵⁰ Sobre la discutida cronología de ésta cf. P. Valesio, «The Romance synthetic future pattern and its first attestations», I-II, *Lingua* 20, 1968, págs. 113-161 y 279-307; J. L. Butler, «Remarks on the Romance synthetic future», *ibid.* 24, 1969, págs. 163-180, y de nuevo P. Valesio, «The synthetic future again: phonology and morpho-syntax», *ibid.*, págs. 181-193. Un balance de la disputa en P. Clancy, «The rise of the synthetic future tense in Romance: A critique of some recent hypotheses...», *RomPh* 28, 1974-75, págs. 545-554.

⁵¹ E. Benveniste, «Mutations...», 1968, págs. 87 s.

⁵² F. Abel, *L'adjectif démonstratif dans la langue de la Bible latine*, Tubinga, 1971.

⁵³ F. Abel, *L'adjectif...*, 1971, págs. 164 s., y H. Rönsch, *Itala und Vulgata*, Munich, 1965 (Marburgo, 1875), pág. 423.

un helenismo preposicional; entre el uso de la preposición y el proarticular hay cierta distribución alternativa y, por tanto, complementaria; si aparece la preposición, se hace innecesario el uso del articuloide para indicar la relación casual; pero donde aquélla no ha lugar el articuloide puede ostentar esta función sintáctica; por tanto, en estas condiciones, antes que de influencia del artículo griego, que sin duda la tuvo, cabe hablar de la presión analítica ejercida por la caterva de palabras indeclinables que invadieron la lengua latina a través de las traducciones del griego. Esta respuesta analítica de los traductores latinos no es, en definitiva, diferente de la que utilizaban los gramáticos para precisar el género común de un nombre:

nam commune (genus) modo masculini modo feminini significationem possidet..., unde commune articulum siue articulare pronomen tam masculini quam feminini generis assumit, ut '*hic sacerdos*' et '*haec sacerdos*'... (Prisc., *Gramm.* II 141, 8 ss.).

La opinión generalizada de que el artículo es una categoría de formación tardía y prácticamente románica⁵⁴ se funda, como bien dice F. Abel⁵⁵, en el carácter obligatorio y en el uso regular y constante que tiene éste en las lenguas románicas, pero que no poseía todavía en los albores literarios de éstas, así como tampoco en el griego preclásico. Sin embargo, el artículo románico hunde sus raíces en la lengua latina y éstas son, creemos, unas raíces nativas. Desde el latín arcaico y particularmente en el familiar hay numerosos empleos tanto de *ille* como de *unus* que anuncian su desarrollo futuro:

aequo *mendicus* atque *ille opulentissimus*
censetur censu ad Accheruntem mortuos (Plauto, *Trin.* 493-94);
interea inter mulieres
quae ibi aderant forte *unam* aspicio *adulescentulam* (Ter. *Andr.* 117-18).

Los precedentes arcaicos y clásicos, si bien no pueden considerarse testimonios tempranos del uso articular, poseen, al menos, debilitada la función categorial y constituyen el primer eslabón del desarrollo. Este temprano debilitamiento de la función demostrativa de *ille* y

⁵⁴ Cf. E. Löfstedt, «Zur Vorgeschichte des romanischen Artikels», *Syntactica* I, Lund, 1942, págs. 358-382.

⁵⁵ F. Abel, *L'adjectif...*, 1971, págs. 4 ss.

de la indefinida de *unus* («uno solo») dio lugar ya en la lengua familiar arcaica al reforzamiento del valor del primero con *ecce* y *eccum*:

habeo *eccillam* meam clientam meretricem adulescentulam (Plauto, *Mil.* 789).

y del segundo con *solus*:

quid? duasne uxores habet? — Au, obsecro, *unam* illequidem hanc *solam* (Ter., *Phorm.* 754);

y estos refuerzos sintagmáticos vendrían a desdoblarse la expresión y a facilitar la diferenciación expresiva posterior entre las funciones demostrativa (*aquel*) o indefinida (*uno solo*) y la articular (*el, un*).

La debilitación funcional de los demostrativos no contradice la «intensificación expresiva» que R. Lapesa^{55bis} atribuye a la proliferación de su empleo adnominal en el latín vulgar tardío; al contrario, creemos que es un hecho acorde con esta generalización del uso. Por otra parte, ese valor expresivo consiste no tanto en la fuerza propia del demostrativo como en el hecho de emplearse, con gran frecuencia, donde antes no era normal.

Con *ille* en la función de artículo definido incipiente compitió *ipse* y con ventaja al principio; la sustitución posterior del popular *ipse* por *ille* en casi toda la Romania se ha explicado por reacción cultista, pero pensamos que conviene tener en cuenta además, por una parte, la disponibilidad de *ille*, dado que la función déctica la asume mejor en sus formas reforzadas; y, por otra, la presión estructural del nuevo sistema sintáctico; en este sentido el avance de *ille* como artículo no se comprende sin el mismo como pronombre de tercera persona. Es más, el desarrollo articular (*ille motus*) y el pronominal (*ille mouet*) tampoco puede desvincularse de la extensión del uso del adjetivo posesivo (*suus motus*) y del pronombre reflexivo (*se mouet*); es la proporcionalidad del sistema *ille mouet* : *ille motus* :: *se mouet* : *suus motus* la que favorece la consolidación de cada uno de sus miembros y particularmente el desarrollo del artículo.

Visto así el panorama funcional latino, el artículo definido se presenta como una categoría de creación interna a requerimiento

^{55bis} L. Lapesa, «Del demostrativo al artículo», *NRFH* 15, 1961, págs. 25 ss.

del propio sistema, mejor que como un advenedizo griego aclimatado en el latín tardío; bien es verdad que la lengua griega aceleró el proceso, pero en este caso el estímulo vino no tanto del propio artículo como de la avalancha de nombres indeclinables que necesitaban un análisis morfosintáctico. Del mismo modo el desarrollo articular de *unus* se explica sin el paralelo del griego εἷς. En suma, la lengua latina no sólo ofreció un terreno abonado para el desarrollo del artículo, sino la propia semilla cuya germinación vino a ser estimulada por la reestructuración analítica del sistema pronominal latino y por el riego fecundante de la lengua griega.

También para el empleo de *plus* en la formación del comparativo hay una respuesta dentro del sistema sintáctico latino que hace innecesaria la explicación de Bonfante por el griego. En efecto, creemos que el avance parcial de *plus* frente a *magis* lo facilitó, además del antónimo común *minus*, la confusión generalizada en la época tardía de los sistemas para las nociones de «magnitud» o «intensidad» (*magnus, maiores*) y de «cantidad» o «número» (*multus, plures*). Las dos series, intensiva y cuantitativa, intercambiaban tanto sus términos sustantivos: *magnitudo = multitudo*:

magnitudine culicum agitantur (Amiano XVIII 7, 5),

como adjetivos: *magni = multi, parui = pauci, maiores = plures, minores = pauciores, tanti = tot, tam multi; quanti = quot, quam multi; aliquanti = aliquot*.

episcopi autem, quomodo *parui* fuerint, hisdem diebus Ierusalima *plus quadraginta aut quinquaginta* sunt (Egeria 49, 2).

A los términos anteriores citados por E. Löfstedt⁵⁶ debe unirse *toti = omnes*, de modo que el desplazamiento de *omnis* por *totus* no se explicaría sólo por la homonimia del primero con *homines*; pero además no cabe duda de que este uso promiscuo afectó igualmente a los adverbios y así *magis = plus*; y si bien eran los términos de la *magnitudo* los que solían desplazar a los de la *multitudo* (y de hecho así ocurrió con *magis* en las lenguas románicas en las que no se ha conservado *plus*), sin embargo, *plus*, término de la

⁵⁶ E. Löfstedt, *Philologischer Kommentar...*, 1911, págs. 148 s.

multitudo, pudo salir favorecido del uso promiscuo por otras causas concretas, como la especialización de *magis* en la función adverbativa.

Junto a la fuerza operativa del propio sistema sintáctico latino hay que señalar el estímulo orientador que constituía el marco analítico; y éste, el desarrollo del tipo analítico, es un fenómeno de raíces antiguas que acompañó a la simplificación progresiva del sistema flexivo indoeuropeo y que se manifestó pronto, por ejemplo, en el uso ascendente de las preposiciones; por lo que respecta a la lengua latina, ésta poseía desde antiguo un perfecto medio-pasivo totalmente analítico (*scriptus est, secutus est*)⁵⁷, pero fue el estrato vulgar de la lengua el que se caracterizó por la generalización de la nueva tipología analítica; en él los cambios fonológicos como la transformación cualitativa de la cantidad vocálica o la confusión de /b/ y /v/ y los fonéticos como la relajación articulatoria de las consonantes finales afectaban fatalmente al juego distintivo de los morfemas y esta ruina flexiva provocaba, invariablemente, el desplazamiento de la norma lingüística hacia el uso de las variantes analíticas del sistema, sin duda de mayor relieve fónico y más expresivas; en consecuencia, paulatinamente se transformaba el sistema morfosintáctico y se constituía un marco tipológico analítico abierto a la penetración de las construcciones perifrásticas griegas.

Por el contrario, la expresión sintética salía, irreparablemente, perjudicada por falta de claridad; así la construcción de infinitivo con acusativo resultaba oscura —el infinitivo es la forma verbal menos analizable— y no dejaba de ser ambigua —el sujeto en acusativo era susceptible de confundirse con el complemento directo⁵⁸—;

⁵⁷ El fenómeno afectó, naturalmente, a otras lenguas, además de la latina y la griega; así, un dialecto iranio, el sogdiano, posee el tipo *dictum habet*; esto a ojos de Meillet significa que «el procedimiento pudo desarrollarse independientemente en lenguas distintas» («Les langues romanes et les tendances des langues indo-européennes», *Linguistique historique et linguistique générale*, II, París, 1952, pág. 120); y la lengua indoeuropea más arcaica, el hetita, poseía ya un perfecto perifrástico (*iyán harzi* «factum habet», comparable al de las lenguas románicas y germánicas modernas, cuyo alto grado de gramaticalización, superior al giro correspondiente del latín vulgar y tardío, revela el empleo del participio en la forma invariable de nom.-acus. neutro sing.; cf. E. Benveniste, *Hittite et Indo-européen. Études comparatives*, París, 1962, págs. 41-65).

⁵⁸ Sobre la ambigüedad sintáctica que origina la neutralización de las funciones del sujeto y del objeto, en acusativo, de la oración de infinitivo cf. R. Godel, «Remarques sur des systèmes de cas», *CFS* 13, 1955, pág. 36; M. S.

basta observar cómo se conserva el infinitivo cuando es concertado (*quiero ir*) y cómo se resuelve cuando es necesario analizar un sujeto distinto (*quiero que vayas*). ¿No es éste un principio reestructurador del infinitivo en romance? Repárese, fuera de las oraciones completivas, asimismo en la identidad del sujeto (relación sintáctica intrasubjetiva) en *vengo para decirte* frente a la disparidad de sujeto (relación sintáctica intersubjetiva) al emplear la conjunción: *vengo para que me digas*; ante la construcción analítica competía el infinitivo en desventaja morfológica.

Como conclusión global hay que decir que en el proceso analítico interviene una serie de factores lingüísticos concatenados; en la base de la cadena se sitúan los fonéticos, fonológicos y morfológicos, en su centro los sintácticos y como complemento operan los semánticos y estilísticos. La renovación analítica consiste, por una parte, en un relevo, naturalmente paulatino, en el que hay una expresión «saliente» y otra «entrante» y, por otra, en la reestructuración o mantenimiento de unas funciones sintácticas; pues bien, son los factores fonéticos y fonológicos los que desestabilizan la expresión morfemática «saliente» y los semánticos y estilísticos los que favorecen la entrada de la nueva expresión analítica y son las exigencias expresivas de las funciones sintácticas que permanecen o se reestructuran las que constituyen el centro motor del desplazamiento de la expresión sintética, que resulta morfológicamente insuficiente, a la analítica, mucho más rica en valores semánticos y estilísticos⁵⁹. En primera instancia, la renovación analítica está provocada por los cambios fonéticos y fonológicos y en última instancia es promovida por factores de contenido semántico-estilístico; pero las causas inmediatas están en el deterioro de la expresión morfemática y la finalidad inmediata reside en el mantenimiento o la reestructuración de las funciones sintácticas.

Ruipérez, «La notion de neutralisation dans la morphologie et le lexique», *TIL* 2, 1957, pág. 117; y L. Rubio, *Introducción a la sintaxis...*, 1966, págs. 116 s.

⁵⁹ Este conjunto de factores concurrentes muestra la interdependencia de las modificaciones que se producen en los sistemas fonológico, morfológico, sintáctico, etc. de la lengua. Diferente es el punto de vista de J. Herman, para quien las modificaciones del sistema fonológico y del morfológico, por más que puedan ser paralelas, son esencialmente independientes (*BSL*, 1976, página XVII).

En la formación analítica de los grados de los adjetivos terminados en *-eus*, *-ius*, *-uus* (*magis idoneus*, *maxime idoneus*) se ve el intento de evitar el fuerte hiato (causa fonética) que produciría la sintética, pero en la acumulación de ambos procedimientos en *magis utilius* (Plauto) hay que ver el intento de asegurar la función comparativa (finalidad sintáctico-semántica) corrigiendo, en demasía, el desgaste de la expresión sintética (cf. en esp. vulgar *más mayor*)⁶⁰.

A estos factores lingüísticos internos se suma el interlingüístico de la influencia griega, cuyo alcance hay que ponderar en cada caso para poder llegar a conclusiones globales válidas. La fuerza operativa de unos y otros factores fue regulada a su vez por los condicionamientos histórico-culturales; la inestable lengua arcaica, en sus forcejeos por afianzarse y acercarse a una norma lingüística, hizo mayores concesiones al estrato vulgar; por el contrario, la fijación de la lengua literaria inhibió hasta cierto punto el movimiento analítico; finalmente la decadencia cultural en el siglo III y el surgimiento de un cristianismo más o menos helenizado trajeron consigo una reactivación de la lengua vulgar y, consiguientemente, la floración del desarrollo de la expresión analítica. Sobre este particular el latín vulgar y el griego de la *koiné* experimentaron una evolución convergente y tal convergencia morfosintáctica no resta, por lo demás, importancia a la influencia griega sobre aquél.

Junto al fenómeno analítico se produce otro no menos típico del latín vulgar y también producto de la inestabilidad morfológica; se trata de la generalización de desarrollos analógicos consistentes en la regularización de las formas dispares y en la uniformación de los morfemas que tienen una función semejante, a la vez que se eliminan las formas anómalas; la creación de un nominativo *socerus* en sustitución de *socer* y de un femenino *soc(e)ra* por *socrus* o de un superlativo *magnissimus* por *maximus* son ejemplos típicos; y he aquí que este fenómeno también es común a la *koiné*: la práctica eliminación de los verbos en *-vomi* que se veían como anómalos o la hipercharacterización desinencial de un acusativo

⁶⁰ En cambio, para L. Tesnière («Théorie structurale des temps composés», en *Mélanges de linguistique offerts à Ch. Bally*, Ginebra, 1939, págs. 180 s.) el proceso consta de dos fases: una de degradación fonética y semántica y otra de reconstrucción sintáctica y morfológica.

θυγατέρων responden a esa uniformación de la expresión gramatical⁶¹.

Ambos fenómenos, analógico y analítico, son, a nuestro entender, los que mejor definen y caracterizan la morfosintaxis del latín vulgar, o si se quiere, de la koiné latina⁶²; y ambos operan de forma complementaria o combinada; por ejemplo, los morfemas casuales dejaron paso a la expresión analítica con la preposición, mientras en la indicación del género se impuso primero, por analogía, la oposición morfológica del tipo *socerus / soc(e)ra* y sólo más tarde con el desarrollo del artículo fue adquiriendo importancia la expresión analítica (*ille socerus / illa soc(e)ra*).

BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ

⁶¹ O. Hofmann, A. Debrunner y A. Scherer, *Historia de la lengua griega*, Madrid, 1973, págs. 320 ss.

⁶² La denominación de «koiné latina» y otras similares que se hallan en algunos autores (cf. G. Reichenkron, *Historische Latein-Altromanische Grammatik*, I, Wiesbaden, 1965, págs. 58 ss.) las consideramos apropiadas para designar el latín vulgar en cuanto que con ellas se trata de reflejar la unidad y variedad del bajo latín, coincidente en buena parte de sus directrices tipológicas con manifestaciones definidas del griego de la koiné; pero tal denominación lleva en sí una restricción cronológica a la que escapa el concepto global de latín vulgar.